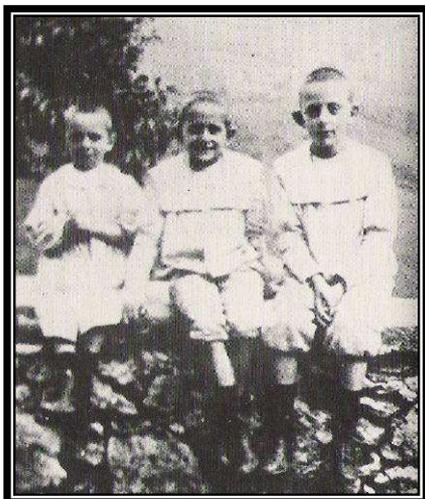


LA VIDA DE PABLO VI



Los hermanos Montini. De izquierda a derecha: Francesco, Giovanni Battista y Ludovico.

Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini nació el 26 de septiembre de 1897 en la aldea de Concesio, provincia de Brescia, Lombardía (región del norte de Italia). Fue bautizado cuatro días después, el mismo día en el que una joven monja francesa, Teresa del Niño Jesús, moría en un Convento Carmelita en Lisieux, luego de una batalla dolorosa con la tuberculosis.

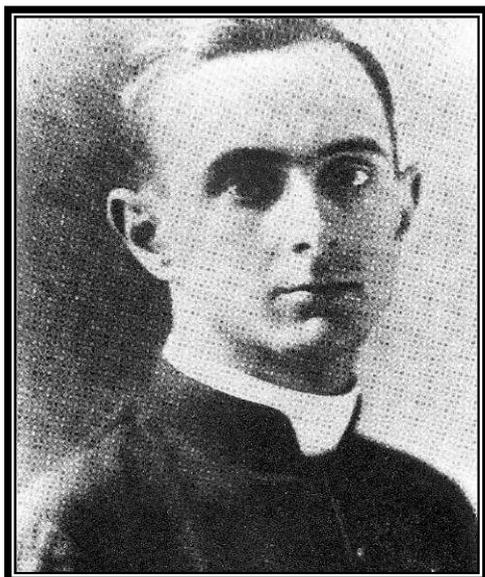
Su familia era de clase alta. Giorgio, su padre, era un abogado que, en vez de practicar la abogacía se dedicó a la política local a raíz de su pasión por la acción social y la política de Italia. Inspirado en los escritos y testimonios del Papa León XIII (†1903), Giorgio también incursionó como periodista, editando un periódico católico local, además de desempeñarse como Director de la Acción Católica. Su madre, Guiditta Alghisi, fue hija única de una familia de la nobleza, quien también actuaba en movimientos sociales

católicos. Sus padres eran devotos católicos intelectuales, conocidos por su testimonio de vida, intensidad espiritual y pasión por el Evangelio. Giovanni tenía dos hermanos: Francesco, quien estudió medicina y Ludovico, el cual siguió a su padre en el camino de las leyes y la política.

Muchos años más tarde, el Papa Pablo VI le contaba a Jean Guitton, el autor de «El Papa habla: diálogos con Pablo VI» acerca de la influencia primordial que tuvo sobre él la fe de sus padres. *“Del amor de mi padre y de mi madre”, dijo, “y de su unión obtuve el amor de Dios y el amor del hombre. En realidad, debería decir que el amor de Dios, el cual colmó sus corazones, y que los unió en su juventud, en mi padre se concretó en acción y en mi madre en silencio.”*



Guiditta Alghisi, madre de Giovanni.



El futuro Pablo VI en el día de su ordenación sacerdotal.

Battista fue un niño encantador que disfrutaba contando historias. Poseía una salud frágil, y su educación en la escuela jesuita Cesare Arici debió ser interrumpida en varias oportunidades a causa de enfermedades. A pesar de estas dificultades, era un estudiante consciente y disciplinado, con un amor obvio por el estudio de la teología. Ingresó en el seminario en 1916 y fue ordenado presbítero cuatro años más tarde, el 29 de mayo de 1920. Su primera Misa fue celebrada en Concesio en la iglesia Madonna delle Grazie, cerca de su hogar familiar. Posteriormente obtuvo un título en derecho canónico en Milán, entonces se dirigió a Roma para proseguir sus estudios de teología en Gregorian y en letras en la Universidad Sapienza de Roma. En 1922 se trasladó a la Accademia dei Nobili Ecclesiastici para cursar estudios en diplomacia.

Los talentos del joven Montini no pasaron desapercibidos. Ingresó en la Secretaría de Estado Vaticano a la edad de veinticinco años, y un año después pasó unos pocos meses en la nunciatura en Warsaw, Polonia. Su frágil salud lo obligó a regresar a Roma; él describió el corto tiempo allí

como útil y educacional, pero particularmente no muy agradable. Los próximos treinta años trabajó en la Oficina de la Secretaría de Estado del Vaticano, durante algunos de los momentos más oscuros de la Europa Moderna.

El partido nacional fascista de Benito Mussolini ingresó al poder en 1922, y Montini se dedicó él mismo a ayudar en la lucha contra el régimen totalitario, como un guía intelectual y un asesor espiritual. Enseñó eclesiología en la Accademia dei Nobili Ecclesiastici y se involucró en movimientos de la Juventud Católica. Pronto fue nombrado capellán de la organización estudiantil católica anti-fascista denominada Federación de Estudiantes Universitarios Católicos Italianos (FUCI), ayudando a organizar y liderar grupos de estudio, convenciones y retiros. FUCI fue el único cuerpo estudiantil apartado del fascismo en el sistema universitario de Italia.

Conocido por sus convicciones anti-fascistas, el joven Montini fue acusado a menudo de estar comprometido indebidamente en política. A veces era frustrado por disputas personales y políticas con la Curia Romana, expresando su creencia que la Curia se encontraba demasiado alejada de las realidades afrontadas por los ciudadanos. Irónicamente, a la luz de sus actividades anti-fascistas, el trabajo de Montini en la Secretaría incluía la participación en los Acuerdos Lateranos de 1929. El Tratado Laterano, uno de los tres tratados, fue un acuerdo político en el cual Italia reconoció la soberanía de la Santa Sede en el Estado de la Ciudad del Vaticano. El Estado italiano, a su vez, recibió reconocimiento oficial por parte de la Iglesia Católica. Montini se oponía fuertemente a los intentos de Mussolini de ganar más apoyo católico (lo cual incluyó ser bautizado como católico en 1927), y trabajó encubiertamente, como sacerdote e intelectual, para luchar como pudiera contra el cada vez más violento régimen anti-cristiano.

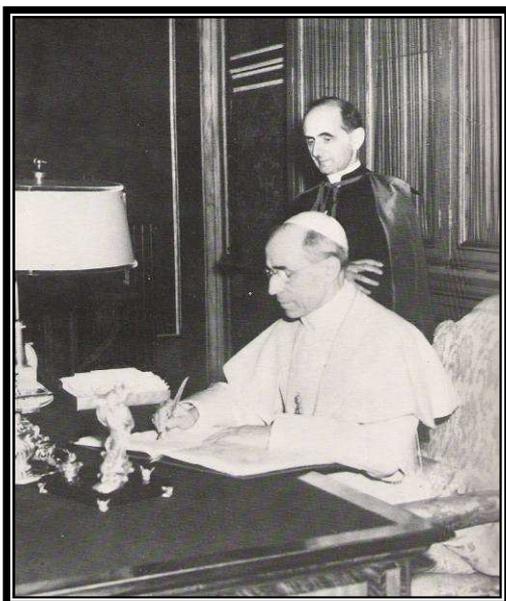
En estos trabajos fue influenciado por los escritos del prolífico filósofo francés Jacques Maritain quien, como estudiante en Sorbonne en París, había rechazado el ateísmo por el catolicismo (Además de enseñar y escribir, Maritain fue embajador francés ante el Vaticano desde 1945 hasta 1948. Pablo VI lloró al enterarse de la muerte de Maritain el 28 de abril de 1973). En 1927, Montini e Iginio Righetti, el presidente nacional de la FUCI, fundaron una editorial; Montini también ayudó a fundar un periódico anti-fascista en 1927.

Los ataques del gobierno fascista a la FUCI y a la Acción Católica se incrementaron en frecuencia e intensidad en 1931, y en mayo de ese año el gobierno de Mussolini cerró todos los movimientos juveniles católicos en el país. La propiedad de la FUCI fue confiscada, las reuniones fueron prohibidas, y muchos miembros fueron atacados físicamente. El 29 de junio de 1931, el Papa Pío XI publicó su encíclica «Non abbiamo bisogno», una defensa vigorosa de la Acción Católica contra los ataques del partido fascista. *“Y todo este triste acompañamiento de irreverencias y de violencia,”* escribía Pío XI de los ataques a estudiantes católicos, *“tomaron lugar en presencia de y con la participación de miembros de un partido político, algunos de los cuales estaban de uniforme, y se llevaron a cabo con tal organización a lo largo de Italia y con tal conformidad pasiva por parte de las autoridades civiles y policiales, como para sospechar que necesariamente alguna autoridad suprema ha impartido una orden.”*

A principios de 1930, Montini se familiarizó con el Cardenal Eugenio Pacelli —futuro Papa Pío XII— quien había sido nombrado como nuevo Cardenal Secretario de Estado por Pío XI el 7 de febrero de 1930. En 1937 Montini fue designado en Asuntos Ordinarios bajo las órdenes del Cardenal Pacelli, viajando con él a Budapest para el Congreso Eucarístico Internacional de 1938. Montini fue uno de sus más cercanos asesores y trabajaron juntos por muchos años. Giovanni expresaba una profunda admiración por Pacelli, quien tuvo una influencia duradera en su pensamiento y el enfoque que posteriormente le daría a su propio pontificado.

La salud de Pío XI comenzó a fallar gravemente en 1938. En noviembre sufrió dos ataques al corazón con pocas horas de separación, falleciendo de un tercer ataque el 10 de febrero de 1939, a la edad de 81 años. El Cardenal Pacelli fue elegido su sucesor el 2 de marzo de 1939, en su 63º cumpleaños, luego de sólo tres votaciones.

Ese mismo año el nuevo pontífice eligió a Montini para ayudarlo a organizar y hacer funcionar la «Pontificia Commissione di Assistenza», una oficina del Vaticano que brindaba información para refugiados y prisioneros de guerra. En los siguientes ocho años recibió cerca de diez millones de requerimientos de información, mientras que envió más de once millones de respuestas a consultas sobre personas desaparecidas. Distribuyó cantidades masivas de alimentos y ropa, albergó y escondió de los nazis cientos de judíos y otros. En 1971, el Papa Pablo VI



Monseñor Montini junto a Pío XII durante los años de servicio en la Secretaría de Estado.

ayudó a convertir la «Pontificia Commissione di Assistenza» en la principal organización italiana de beneficencia, «Caritas Italiana».

Mientras que el tumulto de la Europa devastada por la guerra comenzó a disminuir, el conflicto político de la vida en la Curia Romana demostró ser una fuente común de frustración para Montini, cuyo talento y una estrecha relación con Pío XII provocó la envidia de muchos rincones de la Curia. *“En el consistorio secreto de 1952,”* afirma la biografía de Pablo VI del sitio web del Vaticano, *“el Papa Pío XII anunció que tenía intención de elevar a Montini y a Domenico Tardini al Sacro Colegio, pero ambos habían pedido ser dispensados de la aceptación. En lugar de ello les confirió a ambos el título de Prosecretario de Estado”*. Montini probablemente declinó del cargo porque creía que iba a disminuir su influencia y la eficiencia dentro de la Secretaría.

Montini fue nombrado arzobispo de Milán en 1954, pero aún sin ser nombrado cardenal. La Arquidiócesis de Milán, con unas 1.000 iglesias, 2.500 sacerdotes y 3.500.000 católicos, era a la vez un nombramiento de enormes proporciones y prestigio. Por donde se lo viera, su trabajo en Milán era notable. Conocido al poco tiempo como el «arzobispo de los trabajadores», Montini prosiguió la ambiciosa empresa de reconstruir completamente la presencia católica y de la cultura en Milán, tanto en lo material —escuelas, centros comunitarios y más de cien nuevas iglesias— como en lo espiritual —continua predicación, las misiones y la ayuda a los pobres—. Mientras que él había luchado anteriormente contra el fascismo, ahora lucha contra el comunismo, que había ganado muchos adeptos en las clases trabajadoras de Milán. El apoyo a la educación católica y a una prensa Católica libre formó una base esencial para su trabajo en la justicia social, y sus logros recibieron la atención internacional. Además, ejerció relaciones ecuménicas con los cristianos no católicos, especialmente con los anglicanos.

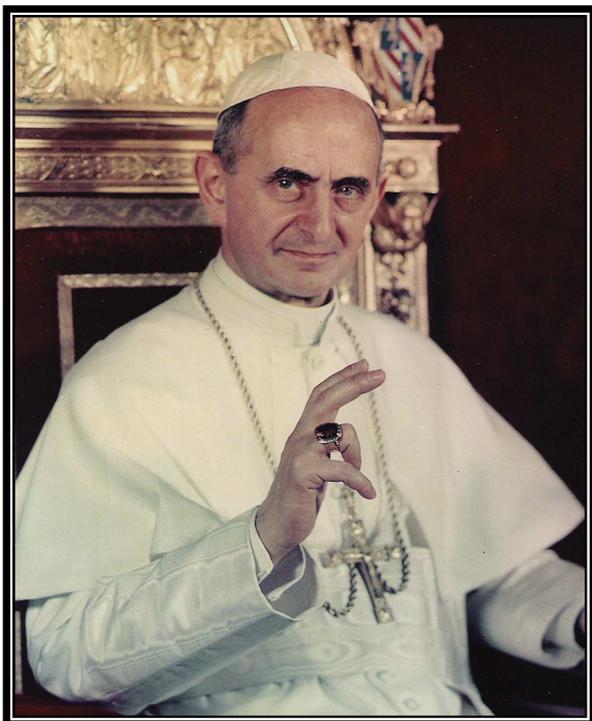


Montini, Arzobispo de Milán.

El físicamente agotado Pío XII murió en Castel Gandolfo, la residencia papal de verano, el 9 de octubre de 1958, debido a una insuficiencia cardíaca aguda. Aunque todavía no era cardenal, Montini fue considerado por muchos como un posible sucesor de su buen amigo. Pero la elección recayó sobre otro amigo, Angelo Giuseppe Roncalli, Patriarca de Venecia, quien fue elegido Papa Juan XXIII el 28 de octubre de 1958. Poco después, Montini encabezó la lista de

veintitrés prelados elevado al cardenalato. El Cardenal Montini viajó mucho, incluidas las visitas a Brasil y los Estados Unidos en 1960, y viajes a varios países de África en 1962.

Como casi todos los demás, Montini fue sorprendido por el llamado de Juan XXIII por un nuevo Concilio. Le dijo a un amigo: *“Este hombre santo no se da cuenta que está provocando un revuelo en el avispero”*. Pero no sólo apoyó la petición del Concilio Vaticano II, sino que



desempeñó un papel importante en su preparación, al ser designado en la Comisión Preparatoria Central, así como también en la Comisión Técnico-Organizacional. Más tarde, como Papa, dijo que era *“sin duda bajo la inspiración divina”* que Juan XXIII *“convocó a este Concilio para abrir nuevos horizontes para la Iglesia y para canalizar sobre la tierra las aguas nuevas de manantial y sin explotar de la doctrina y gracia de Cristo, nuestro Señor”*.

En el otoño de 1962, Juan XXIII comenzó a sufrir problemas de salud, y murió el 3 de junio de 1963. La extensa experiencia de Montini en el Vaticano, sus dotes administrativas, y su amistad con Pío XII y Juan XXIII lo hizo, para la mayoría, una opción lógica como próximo Papa. Fue elegido el 21 de junio de 1963, y tomó el nombre de Pablo VI, comprometiéndose a llevar a cabo la labor del Concilio iniciada por su predecesor, ampliamente querido y carismático.

El 29 de septiembre de 1963, durante el discurso de apertura del segundo período de sesiones del Concilio, Pablo VI hizo hincapié en que la respuesta a las preguntas que enfrentaban a los obispos se hallaría en última instancia, en Jesucristo. *“La respuesta es Cristo,”* dijo, *“Cristo, de donde partimos; Cristo, que es tanto el camino en el que viajamos como nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro fin último... Que el Consejo sea plenamente consciente de esta relación entre la Iglesia viva y santa, que en realidad es nuestro propio yo, y Cristo, del cual procedemos, por quien se vive, y hacia quien se va”*. Explicó que sería a partir y a través de Cristo que los obispos podrían *“entender los principales objetivos de este Concilio”*. Estos objetivos, concluyó, eran los siguientes: **1. La auto-conciencia de la Iglesia, 2. Su renovación, 3. La puesta en común de todos los cristianos en la unidad, 4. El diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo**. Dejó claro que su pontificado se dedicaría al Concilio y sus objetivos.

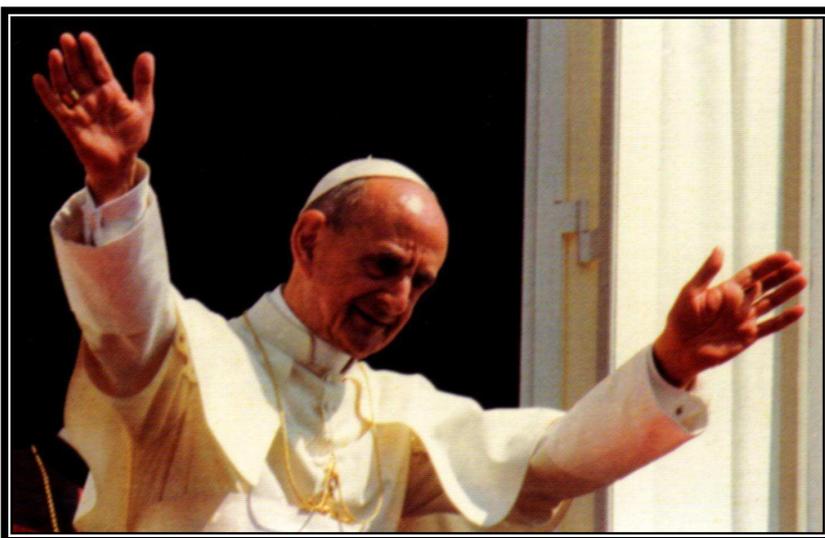
El Concilio abordó una amplia gama de temas, incluyendo la naturaleza de la Iglesia, liturgia, Escritura, ecumenismo, diálogo interreligioso, y el mundo moderno; pero Pablo VI reservó ciertas cuestiones para sí mismo. Estas incluían el celibato del sacerdocio, tema que trató en su encíclica de 1967 «Caelibatus Sacerdotalis», y el control de la natalidad, cuestión que trató en la encíclica «Humanae Vitae» de 1968, quizá la más controvertida encíclica de los tiempos modernos.

El Concilio Vaticano II —que se había iniciado el 11 de octubre de 1962, celebró cuatro sesiones, asistieron 2.865 obispos y prelados, y produjo dieciséis documentos formales— se cerró el 8 de diciembre 1965. En su discurso de cierre del Concilio, Pablo VI examinó algunas de las tareas que el Concilio había tratado de lograr:

Los hombres se darán cuenta que el Concilio dedicó su atención no tanto a verdades divinas, sino, y principalmente, a la Iglesia —su naturaleza y composición, su vocación ecuménica, su actividad apostólica y misionera—. Esta sociedad laica religiosa, que es la Iglesia, se ha esforzado para

llevar a cabo un acto de reflexión sobre sí misma, para conocerse mejor, para definirse mejor y, en consecuencia, para establecer lo que siente y lo que manda.

Todo esto es cierto. Pero esta introspección no ha sido un fin en sí mismo, no ha sido simplemente un ejercicio de comprensión humana o de una cultura meramente mundana. La Iglesia se ha reunido en una conciencia espiritual profunda, no para producir un análisis aprendido de la psicología religiosa, o un balance de su propia experiencia, ni siquiera para dedicarse a reafirmar sus derechos y explicar sus leyes. Se trataba más bien de encontrar en sí misma, activa y viva, el Espíritu Santo, la Palabra de Cristo, y de profundizar aún más todavía el misterio, el plan y la presencia de Dios por encima y dentro de ella misma; para revitalizar en sí misma la fe que es el secreto de su confianza y de su sabiduría, y ese amor que la impulsa a cantar sin cesar las alabanzas de Dios. “Cantare est Amantis (el cantar es la expresión de un amante)”, dice San Agustín.



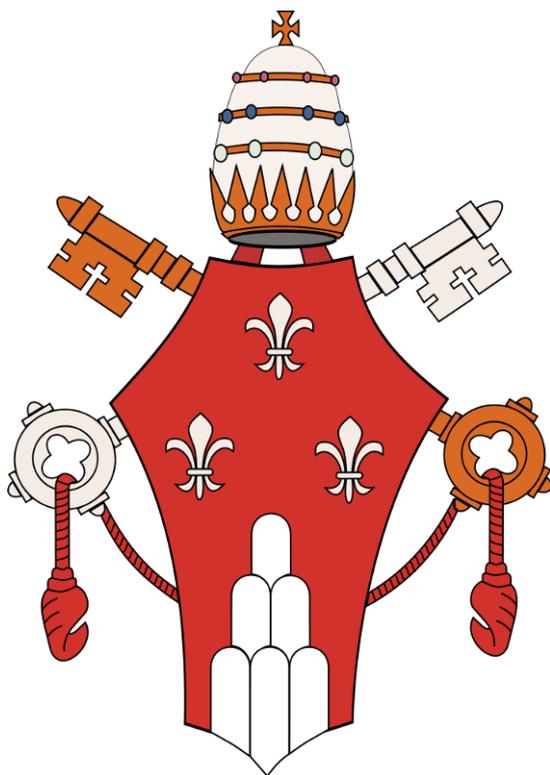
Asimismo, señaló que el Concilio había “*estado profundamente comprometido con el estudio del mundo moderno*”, y habló del deseo de la Iglesia de comprender al hombre moderno y compartir el Evangelio con él. Dirigió palabras fuertes contra los enemigos del Evangelio, diciendo: “*El humanismo secular, revelándose a sí mismo en su horrible realidad anticlerical ha, en cierto sentido, desafiado al*

Concilio”. La Iglesia, dijo Pablo VI, se ha “*declarado la sierva de la humanidad, en el momento mismo en que su función docente y su gobierno pastoral, en razón de la solemnidad del Concilio, ha asumido un mayor esplendor y vigor: la idea de servicio ha sido fundamental*”. Estas ideas se encontraban muy de acuerdo con su pensamiento y predicación como sacerdote, arzobispo y cardenal.

Fiel a su reputación como administrador hábil, Pablo VI comenzó a instituir cambios al comienzo de su pontificado en relación con el gobierno de la Iglesia. En septiembre de 1965, estableció el Sínodo de los Obispos como una institución permanente, por lo que es un órgano consultivo del Papa. Después de haber trabajado en la Curia Romana por más de treinta años (1922-1954), se dedicó a la reducción de la burocracia de la Curia, como también a la apertura de puestos para los no italianos. Ordenó que los cardenales sólo pudieran participar en futuros cónclaves papales por debajo de la edad de ochenta años, también instó a todos los obispos a presentar su dimisión del cargo directamente al Papa antes de su septuagésimo quinto cumpleaños. Su oficio de 1968 «Pontificalis Domus» puso fin a casi todas las funciones ceremoniales de la nobleza romana en la corte papal.

Los principios y mediados de los años sesenta, fue una época breve pero vertiginosa de esperanza, optimismo y posibilidades aparentemente ilimitadas; al final de los sesenta y durante los setenta, sin embargo, fue una época de mucha agitación, incertidumbre, e incluso de duros conflictos. Una de las líneas de demarcación dentro de la Iglesia fue la encíclica «*Humanae Vitae*», publicada por Pablo VI el 25 de julio de 1968. Antes de 1964, ningún teólogo católico había declarado que la contracepción era moralmente admisible. Sin embargo, en 1967 se produjo un rápido crecimiento de las expectativas —especialmente en ciertos países occidentales, incluido los Estados Unidos— que pronto la Iglesia revocaría formalmente su postura previa en contra del control de nacimiento.

Juan XXIII había creado una comisión de seis teólogos para que le asesorase en el tema de la anticoncepción, y Pablo VI añadió docenas de nuevos miembros a dicha comisión, incluyendo a parejas casadas. La mayoría de sus miembros votó que la Iglesia debía cambiar su enseñanza sobre el control de la natalidad, mientras que la minoría, argumentando que se trataba de una cuestión de la ley moral objetiva, dada por Dios, sostenía que la Iglesia no debía ni podía cambiar su enseñanza sobre la anticoncepción. Estos votos y la recomendación de los miembros, que concluyó en 1966, eran confidenciales; sólo destinados a la ayuda de Pablo VI mientras trabajaba en su encíclica. Pero, en 1967 la recomendación de la comisión y los registros se filtraron a periódicos ingleses y estadounidenses, lo cual sólo añadió leña al fuego en la especulación que la enseñanza de la Iglesia tendría algún cambio.



Escudo de armas del Papa Pablo VI.

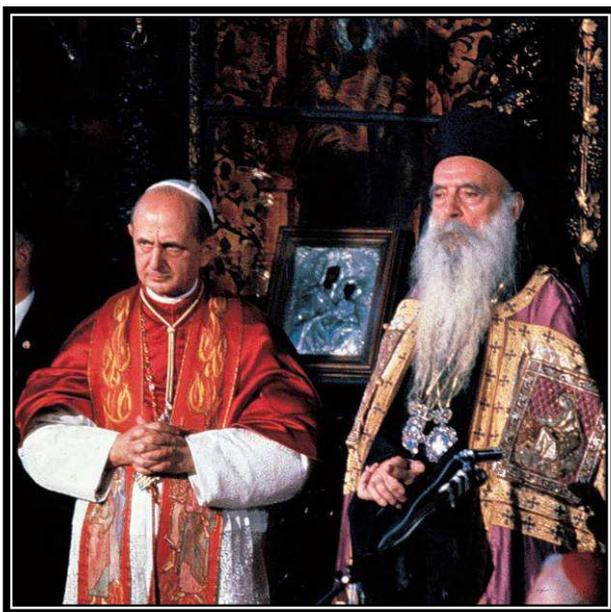
La encíclica «*Humanae Vitae*», una vez publicada, se encontró con una tormenta de ira, rechazo y disidencia organizada. Esto incluyó una declaración en contra del documento a página completa en el *New York Times*, publicado por el Padre Charles Curran, por entonces profesor de teología en la Universidad Católica de América [Catholic University of America], y firmado por más de doscientos teólogos. “*Por lo tanto,*” declaraba en su conclusión, “*como teólogos católicos, conscientes de nuestro deber y nuestras limitaciones, podemos concluir que los cónyuges podrán decidir responsablemente de acuerdo a su conciencia que la anticoncepción artificial en algunas circunstancias es permisible y necesaria para preservar y fomentar los valores y el carácter sagrado del matrimonio*”. Como el Dr. Janet Smith ha señalado en su ensayo «*Humanae Vitae: Una generación después*»: “*los teólogos disidentes nunca antes habían hecho una demostración pública de su oposición en cualquier tema dado. La discrepancia abierta a la Humanae Vitae es un punto de inflexión real en la historia de la Iglesia*”.

Pablo VI claramente había dedicado mucho tiempo y esfuerzo en considerar todas las posibilidades de las cuestiones implicadas, incursionando sobre cada detalle y argumento. Pero, al final, había reiterado la enseñanza coherente y tradicional de la doctrina de la Iglesia, basándose en la ley natural, sobre el significado de la sexualidad humana:

Pero la Iglesia, que interpreta la ley natural a través de su doctrina inmutable, recuerda a los hombres y mujeres que las enseñanzas basadas en el derecho natural deben ser obedecidas, y enseña que es necesario que todo y cada acto conyugal permanezca abierto a la procreación de la vida humana... La doctrina que a menudo el Magisterio de la Iglesia ha explicado sobre esto: existe una conexión indisoluble entre el significado unitivo y el significado procreador del acto conyugal, y ambos son inherentes al acto conyugal. Esta conexión fue establecida por Dios y no puede ser quebrantada por el hombre a través de su propia voluntad.

Pasados pocos años de la publicación de la encíclica, que probaría ser profética; los frutos podridos de la “*revolución sexual*” ya se hicieron evidentes: aumentos alarmantes en las tasas de divorcio, las familias rotas, los abortos, y todo tipo de discordia social.

públicamente la importancia del papado en el escenario mundial, sino que también sentó el precedente asumido con vigor impresionante por Juan Pablo II.



Pablo VI junto a Atenágoras I.

El pontificado de Pablo VI cimentó las bases del frente ecuménico. Fue el primer Papa en varios siglos en encontrarse con Patriarcas Ortodoxos Orientales, entre ellos su histórica reunión en Jerusalén en el año 1964 con el patriarca ecuménico Atenágoras I. En esa reunión se llegó a la declaración conjunta católica-ortodoxa del 7 de diciembre 1965, que suprimió las excomuniones mutuas del gran cisma de 1054. El documento estableció, en parte, que *“el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I con su sínodo, de común acuerdo, declaran que... en igualdad lamentan y eliminan tanto de la memoria y en medio de la Iglesia las penas de excomunión que siguieron a estos eventos, el recuerdo de lo que ha influido en las acciones hasta nuestros días y que ha dificultado establecer relaciones más estrechas en la caridad, y que encomiendan*

estas excomuniones al olvido”. La declaración señaló además que, si bien *“este gesto de justicia y perdón mutuo no es suficiente para poner fin a las antiguas y más recientes diferencias entre la Iglesia Católica Romana y la Iglesia Ortodoxa”*, el Papa y el Patriarca se han comprometido a trabajar para *“llegar a un entendimiento común y la expresión de la fe de los Apóstoles y sus exigencias”*.

En mayo de 1973 Pablo VI también se reunió con el patriarca copto Shenouda III de Alejandría. Esto dio lugar a una declaración común esbozando muchos puntos de acuerdo, advirtiendo también que a pesar de algunas diferencias en las creencias, *“nos estamos volviendo a descubrir como Iglesias con una herencia común y estamos tratando de caminar con determinación y confianza en el Señor para alcanzar la plenitud y la perfección de esa unidad que es Su regalo”*. También se realizaron avances ecuménicos adicionales a través de reuniones históricas con el arzobispo anglicano de Canterbury, el diálogo con el Consejo Mundial de Iglesias, y el inicio de diálogos con diversas iglesias luteranas y reformadas.



Pablo VI le impone el sombrero cardenalicio a Karol Wojtyła, quien se convertiría en el Papa Juan Pablo II.

Entre los años 1965 y 1977, Pablo VI celebró seis consistorios que elevó a 143 hombres al cardenalato, muchos de ellos procedentes de países del Tercer Mundo, aumentando notablemente el número de cardenales en la Iglesia. Sus sucesores —tres cardenales: Juan Pablo I, Juan Pablo II y Benedicto XVI— fueron todos nombrados por Pablo VI: Karol Wojtyła fue nombrado cardenal en 1967, Albino Luciani en el año 1973, y Joseph Ratzinger en 1977.

Pablo VI estaba profundamente preocupado por la agitación en el mundo y la Iglesia tras el Concilio Vaticano II. Lamentó el rechazo abierto de la enseñanza moral de la Iglesia y las batallas a menudo polémicas sobre cuestiones litúrgicas. En una ya famosa (y a menudo tergiversada) audiencia general dada el 29 de junio de 1972, dijo, *“el humo de Satanás ha hecho su camino en el templo de Dios a través de alguna grieta... Uno ya no confía en la Iglesia, uno se confía en los primeros profetas profanos que vienen... La duda ha entrado en nuestras conciencias y entró por las ventanas, que deberían haber estado abiertas a la Luz”*.

En una audiencia concedida en noviembre del mismo año, Pablo VI preguntó: *“¿Cuáles son las mayores necesidades de la Iglesia en la actualidad? No se sorprenda en nuestra respuesta y no la escriba apagado como simplista o incluso supersticiosa: una de las mayores necesidades de la Iglesia ha de ser defenderla contra el mal que llamamos diablo”*. Él claramente reconoció y tomó en serio la realidad de la batalla espiritual, y cómo Satanás busca constantemente destruir la Iglesia. *“Con la conciencia,”* concluyó, *“por lo tanto, de la oposición que las almas individuales, la Iglesia y el mundo debe enfrentar en la actualidad, vamos a tratar de dar significado y eficacia a la invocación familiar en nuestra principal oración: ‘Padre Nuestro... líbranos del mal!’”*.

Surgió una controversia adicional ante la negativa de la Iglesia a ordenar mujeres. Donald Coggan, arzobispo de Canterbury, escribió a Pablo VI en julio de 1975 informándole *“del crecimiento lento pero firme de un consenso de opinión dentro de la Comunión Anglicana que no hay objeciones de fondo, en principio, sobre la ordenación de mujeres al sacerdocio”*. En su respuesta, Pablo VI declaró que la Iglesia Católica *“sostiene que no es admisible ordenar mujeres al sacerdocio, por razones muy fundamentales. Estas razones incluyen: el ejemplo registrado en las Sagradas Escrituras de Cristo a sus Apóstoles de sólo elegir de entre los hombres; la práctica constante de la Iglesia, que ha imitado a Cristo en la elección solamente de los hombres, y su Magisterio vivo que ha declarado reiteradamente que la exclusión de las mujeres del sacerdocio está en conformidad con el plan de Dios para su Iglesia”*.

En octubre del año siguiente, Pablo VI aprobó el documento «Inter insigniores», “Declaración sobre la admisión de mujeres al sacerdocio ministerial” (15 de octubre 1976), preparado por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Fue un claro rechazo de las peticiones sobre la ordenación de mujeres y una afirmación contundente de la enseñanza de la Iglesia sobre el tema. *“Las mujeres que expresan un deseo de ser sacerdotes ministeriales, están, sin duda motivadas por el deseo de servir a Cristo y a la Iglesia”,* señalaba el documento, *“Y no es de extrañar que, en un momento en que son cada vez más conscientes de las discriminaciones a las que han estado sometidas, ellas deseen el sacerdocio ministerial en sí. Pero no hay que olvidar que el sacerdocio no forma parte de los derechos del individuo, sino que se deriva de la economía del misterio de Cristo y la Iglesia. El oficio sacerdotal no puede convertirse en el objetivo de la promoción social; ningún progreso meramente humano de la sociedad o del individuo puede de por sí dar acceso al mismo: es de otro orden”*.

Aldo Moro, el amigo de toda la vida de Pablo VI, una vez presidente de la FUCI, fue secuestrado por doce hombres armados el 16 de marzo de 1978. Moro había sido un líder clave del partido político de la Democracia Cristiana en Italia, y había ejercido dos veces el cargo de Primer Ministro de Italia (1963–1968, 1974–1976). El secuestro y asesinato de los cinco guardaespaldas policiales de Moro fue cometido por el grupo terrorista leninista llamado «Brigada Roja», el cual exigió la liberación de dieciséis miembros de la Brigada Roja encarcelados por el gobierno italiano.

Moro estuvo retenido durante ocho semanas, tiempo durante el cual se le permitió enviar más de cincuenta recursos a los familiares, dirigentes políticos y al Papa. Mientras el gobierno italiano se negó a negociar, el pontífice, de ochenta años de edad, esperaba que pudiera iniciarse algún tipo de acuerdo. Pablo VI escribió al grupo, diciendo: *“de rodillas se los ruego, liberen a Aldo Moro, simplemente, sin condiciones, no tanto por mi intercesión humilde y bien*



Aldo Moro, fotografiado durante su secuestro por las Brigadas Rojas.

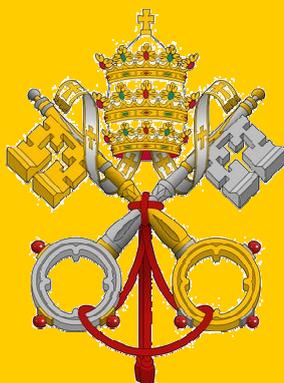
intencionada, sino porque comparte con ustedes la común dignidad de un hermano en la humanidad". Pero el 9 de mayo de 1978, cincuenta y cuatro días después del secuestro, Moro fue baleado varias veces y su cuerpo quedó en un automóvil cerca de la sede de la Democracia Cristiana en el centro de Roma. La noticia fue especialmente dolorosa para Pablo VI, quien denunció el asesinato como *"una mancha de sangre que deshonor a nuestro país"*.

A mediados de julio el pontífice viajó a Castel Gandolfo. Estando allí, comenzó a experimentar fatiga y dificultad para respirar. En la tarde del 6 de agosto 1978, en la Fiesta de la Transfiguración, participó en la Misa, después de recibir la Sagrada Comunión sufrió un ataque masivo al corazón. Murió a las 21:41. El funeral

de Pablo VI fue en gran parte desprovisto de todo su esplendor habitual, pues él había pedido un funeral simple y ser enterrado en la tierra, no en un sarcófago, bajo el piso de la Basílica de San Pedro.

"En contraste con el Papa Juan XXIII, su predecesor, Pablo VI no era naturalmente sociable e innovador," declaró el obituario del New York Times, *"él era el burócrata consumado en su carrera Vaticana y no inclinado a tomar nuevas direcciones... la contribución de Pablo fue un producto de su intelecto superior, empleado en la delicada aplicación de tantas reformas del Concilio Vaticano II. También se consideró su presencia sin pretensiones, en el que muchos líderes mundiales encontraron un respiro conmovedor y pacífico. Para aquellos que lo conocieron a través de fronteras ideológicas y religiosas, Pablo VI era ante todo un hombre que sobrepasaba la calidad espiritual"*.

A menudo la calidad espiritual superior de Pablo VI, por desgracia, ha pasado desapercibida, oscurecida, sin duda, por los dramáticos acontecimientos y controversias de la época en la que reinó, así como por la personalidad magnética y largo reinado de Juan Pablo II. *"El Papa Pablo tuvo una prensa inexplicablemente pobre y su imagen pública sufrió por comparaciones con su predecesor saliente y jovial"*, según la opinión del sitio web del Vaticano. *"Los que lo conocían mejor, sin embargo, lo describen como un hombre brillante, profundamente espiritual, humilde, reservado y amable, un hombre de 'cortesía infinita'"*.



PAPA PABLO VI
UN VISTAZO

NACIDO: 26 de septiembre de 1997, en Concesio, Italia.

ORDENADO SACERDOTE: 29 de mayo de 1920.

ELECTO PAPA: 21 de junio de 1963.

VIAJES NOTABLES: Tierra Santa en 1964. El primer Papa en visitar África y los cinco continentes.

CONCILIO VATICANO II: cerró el Concilio el 8 de diciembre de 1965, durante la Fiesta de la Inmaculada Concepción.

TEXTOS: 8 encíclicas, 12 exhortaciones apostólicas, docenas de cartas apostólicas.

FALLECIDO: 6 de agosto 1978.

PENSAMIENTOS DE PABLO VI

La naturaleza del diálogo con el mundo: aquí, pues, Venerables Hermanos, está el origen noble de este diálogo: en la mente de Dios mismo. La religión de su propia naturaleza, es una cierta relación entre Dios y el hombre. Encuentra su expresión en la oración y la oración es un diálogo. La Revelación, ese enlace sobrenatural que Dios ha establecido con el hombre, también puede considerarse como un diálogo. En la Encarnación y en el Evangelio es la Palabra de Dios la que nos habla. Ese diálogo paternal, sagrado entre Dios y el hombre, roto en el momento de la caída infeliz de Adán, que, en el curso de la historia, ha sido restaurado. De hecho, toda la historia de la salvación del hombre es un largo y variado diálogo, que maravillosamente comienza con Dios y que Él prolonga con los hombres de muchas maneras diferentes. En la “conversación” de Cristo con los hombres, Dios revela algo de sí mismo, del misterio de su propia vida, de su esencia propia y única y la trinidad de personas. Al mismo tiempo nos dice cómo Él quiere ser conocido: como el amor puro y simple; y cómo Él quiere ser honrado y servido: su mandamiento supremo es el amor. (*Ecclesiam suam*, 70)

María, Madre de la Iglesia: la primera verdad es la siguiente: María es la Madre de la Iglesia no sólo porque ella es la Madre de Cristo y sus asociados más íntimos en “*la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana de ella, para que Él en los misterios de su carne librara al hombre del pecado*”, sino también porque “*ella brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de las virtudes*”. De hecho, al igual que ninguna madre humana puede limitar su tarea a la generación de un nuevo hombre, sino que debe extenderse a la función de alimentar y educar a sus hijos, por tanto, la Santísima Virgen María, después de participar en el sacrificio redentor del Hijo, y, de una manera tan íntima como para merecer ser proclamada por él la Madre no sólo de su discípulo Juan, sino —podemos permitirnos afirmarlo— de la humanidad que él de alguna manera representa, ahora sigue cumpliendo su función maternal desde el cielo como la cooperadora en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en las almas individuales de los hombres redimidos. Esta es una verdad más consoladora que, por el libre consentimiento de Dios, el Omnisciente, es parte integrante del misterio de la salvación humana, por lo que debe considerarse como fe por todos los cristianos. (*Magnum Signum*)

El Ateísmo: nuevas formas de ateísmo parecen fluir a partir de la [secularización]: un hombre centrado en el ateísmo, ya no es abstracto y metafísico, sino pragmático, sistemático y militante. De la mano con este secularismo ateo, nos enfrentan a diario, bajo las formas más diversas, con una sociedad de consumo, la búsqueda del placer establecido como el valor supremo, una voluntad de poder y dominación, y discriminaciones de todo tipo: las tendencias inhumanas de ese “humanismo”... El secularismo ateo y la ausencia de la práctica religiosa se encuentran entre los adultos y jóvenes, entre los líderes de la sociedad y la gente común, en todos los niveles de la educación, y tanto en las antiguas Iglesias como en las más jóvenes. La acción evangelizadora de la Iglesia no puede ignorar estos dos mundos, ni debe llegar a un punto muerto cuando se enfrente a ellas, sino que debe buscar constantemente los medios adecuados y el idioma de presentación o representación, para la revelación de Dios y la fe en Jesucristo. (*Evangelii Nuntiandi*, 55, 56)

La Eucaristía y la presencia real: es su presencia en el Sacramento de la Eucaristía, que es, por esta razón, “*una fuente más consoladora de devoción, un objeto más hermoso y más santo de la contemplación de lo que contiene*” que todos los demás sacramentos, porque contiene al mismo Cristo y es “*una especie de consumación de la vida espiritual, y en cierto sentido, el objetivo de todos los sacramentos*”. Esta presencia denominada “real” no excluye la idea de que los otros sean “reales” también, pero más bien por excelencia, porque es importante y por ella Cristo se hace presente todo entero, Dios y hombre. Y entonces sería un error para cualquier persona tratar de explicar este modo de presencia soñando con una así llamada naturaleza “neumática” del cuerpo glorioso de Cristo que estaría presente en todas partes; o para cualquier persona en

limitarlo a lo simbólico, como si este sacramento más sagrado fuera a consistir en nada más que un signo eficaz “*de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los fieles, los miembros de su Cuerpo místico*”. (*Mysterium Fidei*, 38-39)

Iglesia y Estado: fundada para construir el reino de los cielos en la tierra en lugar de adquirir poder temporal, la Iglesia confiesa abiertamente que los dos poderes —Iglesia y Estado— son distintos el uno del otro; que cada uno es supremo en su propia esfera de competencia. Pero la Iglesia se detiene entre los hombres, ella tiene el “*deber de escrutar los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio*”. Compartiendo las más nobles aspiraciones de los hombres y el sufrimiento al ver esas aspiraciones no satisfechas, desea ayudarles a alcanzar su plena realización. (*Populorum progressio*, 13)

Matrimonio y celibato: el matrimonio, según la voluntad de Dios, continúa el trabajo de la primera creación; y considerado dentro del plan total de la salvación, incluso adquirió un nuevo significado y un nuevo valor. Jesús, de hecho, ha restaurado su dignidad original, lo ha honrado y lo ha elevado a la dignidad de sacramento y de un misterioso símbolo de su propia unión con la Iglesia. Así, las parejas cristianas caminan juntas hacia la patria celestial en el ejercicio del amor mutuo, en el cumplimiento de sus obligaciones particulares, y en la lucha por la santidad que les es propia. (*Sacerdotalis Caelibatus*, 20)

Sobre los métodos anticonceptivos ilícitos: queda excluida toda acción antes, durante o después de tener relaciones sexuales, que esté destinada específicamente a prevenir la procreación, ya sea como fin o como medio. Tampoco es válido afirmar, como una justificación para el acto sexual deliberadamente contraceptivo, que un mal menor es preferible a uno mayor, o que el coito se fusionaría con los actos de procreación del pasado y el futuro para formar una sola entidad, y así ser calificados exactamente con la misma bondad moral que estos... En consecuencia, es un grave error pensar que toda una vida matrimonial de relaciones por lo demás normal puede justificar las relaciones sexuales que son deliberadamente contraceptivas y tan intrínsecamente equivocadas. (*Humanae vitae*, 14)

La Eucaristía como signo y causa de la unidad: porque, Venerables Hermanos, el Sacramento de la Eucaristía es signo y causa de la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, y porque suscita un espíritu “eclesial” activo en aquellos que son más fervientes en su devoción eucarística, nunca dejen de instar a sus fieles, cuando se acercan al misterio de la Eucaristía, a aprender a abrazar la causa de la Iglesia como algo propio, a orar a Dios sin descanso, a ofrecerse a Dios como un sacrificio aceptable para la paz y la unidad de la Iglesia; de modo que todos los hijos de la Iglesia puedan estar unidos y sentirse unidos y no encontrar divisiones entre ellos, sino la unidad de la mente y la intención, como ordena el Apóstol. (*Mysterium Fidei*, 70)